

Atenas y el problema de la unificación de Grecia

I

El imperialismo ateniense

La democracia ateniense —suele decirse— se sostuvo a costa de los recursos que arrancaba a los súbditos de su imperio.

Sin embargo el imperio de Atenas se forjó inicialmente sin ella pretenderlo. Cuando estallaron las guerras contra Persia, los atenienses aceptaron ejemplarmente que el mando de las tropas aliadas de los estados griegos se encomendase a Esparta, a pesar de que Atenas contribuía con mayor potencial y, sobre todo, a pesar de que el jefe espartano de la escuadra griega carecía de experiencia y dotes de mando. De ahí la estratagema de que hubo de valerse Temístocles para lograr la victoria. Terminada la guerra, los griegos quieren mantener la alianza bajo la hegemonía de Esparta, para proseguir la liberación de las ciudades griegas de Asia Menor y, eventualmente, para rechazar un posible nuevo ataque persa. Pausanias, el espartano, artífice de la victoria definitiva sobre los persas en Platea, el a. 479 a. C., asume la dirección de la alianza. Pero su conducta despótica con los aliados y su traición posterior (ofreció al rey persa entregarle Grecia) obliga a los aliados griegos a buscar la jefatura de Atenas, con asentimiento expreso o tácito de Esparta.

Atenas se había revelado como la potencia decisiva en la derrota de Persia. El peligro asiático era una realidad. Los pequeños estados griegos eran conscientes de la necesidad de mantenerse unidos bajo la hegemonía de una potencia de suficiente prestigio y superioridad reconocida por todos, y capaz de infundir respeto al enemigo común. Esa potencia era Atenas, que también era consciente del papel que le imponían las circunstancias en el concierto de los estados griegos y ante el enemigo persa. En un momento dado, (bajo el pretexto de que el peligro ya había pasado), algunos de los estados griegos quieren abandonar la alianza. Y Atenas procedió con energía a someterlos. Asimismo cuando Pericles empleó las contribuciones de los aliados para sufragar los gastos de aquel magnífico programa de construcciones encabezado por el Partenón, los aliados protestaron. Pericles contestó que podía hacer el uso que creyera conveniente de aquellos fondos, mientras él cumpliera su parte del compromiso: defender con su escuadra a todos los aliados frente al peligro permanente del imperio persa. Al llegar a este punto, Toynbee vierte un juicio que no parece aceptable; según él, Pericles debió dar libertad total en aquel momento a los aliados. Al no hacerlo se convirtió en responsable de la guerra con Esparta.

Ahora bien, la realidad, en el concierto de las potencias del Mediterráneo Oriental, se había complicado. Si el peligro asiático decrecía, en cambio seguía en pie como potencia hegemónica Esparta. Renunciar a su hegemonía sobre los miembros de la Liga Atica significaba para Atenas dejar caer más tarde o más temprano, no sólo a los demás estados griegos sino a ella misma, dentro de la órbita de Esparta. Y sin embargo mantenía su condición de gran potencia, su superioridad cultural, política, económica, militar, sobre el resto de los estados griegos. Abdicar de esa superioridad, o sea, de las exigencias de esa superioridad, era negarse a sí misma. Habría que lanzar contra ella el terrible dicitario que Bernanos (en su obra «Libertad ¿Para qué?») dirige contra Francia cuando ésta comenzó a perder el prestigio inherente a su superioridad multiforme a los ojos de sus colonias y del mundo en general. Los súbditos son capaces de perdo-

nar todo a la potencia hegemónica: lo que no perdonan nunca es que pierda la conciencia de su superioridad, que deje de comportarse como exigen de ella su deber y los compromisos anejos a toda metrópoli; que no acepte la responsabilidad de su hegemonía; que dé pruebas de debilidad y vacilaciones; que deponga la energía en el mando y haga concesiones que en realidad significan que ha pasado su hora hegemónica. Dice profundamente Eugenio D'Ors en su artículo «Exótero y Ecúmeno» publicado en 1943 en la Revista de Estudios Políticos, que uno de los errores de España en su proceder con las colonias americanas fue creer arreglarlo todo con hacer una y otra vez concesiones de autonomía y no darse cuenta de que el anhelo íntimo de aquéllas era incorporarse, fundirse con la metrópoli, no independizarse. El acierto que España tuvo con las Canarias le faltó al tratar el problema planteado en su día por Hispano-américa. La metrópoli o el pueblo imperial cuyo comportamiento, lanzándose por la vía fácil de las concesiones, revela que ha perdido el sentido de su función directora, produce en los dirigidos descontento y desprecio y no satisfacción por el triunfo de su independencia.

Al revisar la actitud de Pericles me asalta al punto el recuerdo del espléndido estudio de Reinhold Schneider («Felipe II o Religión y Poder», 1943) sobre este monarca español, en que resalta su sentido de responsabilidad, su conciencia de que su línea de conducta al enfrentarse con las potencias europeas le era dictada por la tradición de la dinastía. Su libertad de iniciativa era mucho menor de lo que haría creer su absolutismo.

Las repetidas censuras al imperialismo ateniense tienen como fuente principal la obra de Tucídides, uno de los más geniales historiadores, sin duda, pero poco simpatizante con el régimen de Atenas. Este historiador actuó como general («estratego») durante la guerra de su patria, Atenas, con Esparta. Con razón o sin ella, se le hizo responsable de la pérdida de una ciudad, colonia de Atenas, que debía haber defendido, y por ello fue desterrado. Veinte años vivió en contacto con los enemigos de Atenas, es decir, con pueblos y personas

simpatizantes de los regímenes aristocráticos y hostiles a la democracia. Sin perjuicio de su fundamental imparcialidad, es inevitable que a la hora de juzgar el régimen de Atenas y su conducta con el imperio, se deje influir por su ideología personal (se muestra partidario de una constitución oligárquica), y por sus fuentes de información predominantemente obtenidas en centros de régimen nobiliario. Según su opinión, Atenas era odiada por sus súbditos que se mantenían sumisos sólo por temor y por la fuerza, y estaban prestos a sublevarse a la menor oportunidad. Sin embargo, el fino análisis de un historiador inglés, A. H. M. Jones¹, descubre hábilmente en la historia de Tucídides que los juicios adversos a Atenas que expresa el historiador quedan desmentidos por los hechos que narra. Sabemos, en efecto, según uno de los personajes de su historia, Diódoto, que el pueblo en todos los estados sometidos a Atenas era adicto a ésta. Sólo el partido aristocrático se mostraba hostil a su hegemonía y favorable a Esparta, provocando la rebelión cuando lograba adueñarse del poder. Los hechos confirman esta afirmación. Por ejemplo, una de las ciudades aliadas de Atenas que se sublevó fue Mitilene, en la isla de Lesbos, al comienzo de la guerra del Peloponeso. En esa ciudad imperaba un régimen oligárquico, y en la primera oportunidad se declaró en rebeldía contra los atenienses. Pronto el pueblo se amotinó contra los gobernantes y antes de aceptar la ayuda espartana entregó de nuevo la ciudad a los atenienses. Tenemos noticias de otros hechos análogos: en las ciudades aliadas de Atenas, Torone y Mende, al aproximarse tropas espartanas, elementos oligárquicos facilitan la entrega de las ciudades al general espartano Brasidas. En cambio, el pueblo se subleva y se une al general ateniense Nicias en cuanto acude con tropas de socorro. En la isla de Quíos, incluso después del terrible desastre sufrido por el ejército ateniense en Sicilia, el gobierno oligárquico de la isla no se atrevió a separarse de Atenas por temor al pueblo, hasta la llegada de una flota espartana. Lo mismo ocurrió en Rodas. Samos, en cambio, que tenía un gobierno democrático y contaba con un partido oligárquico insignifi-

(1) *Athenian Democracy*, Oxford. Blackwell. 1961.

cante, se mantuvo fiel a Atenas hasta el final y fue luego premiada con el derecho de ciudadanía ateniense.

La originalidad e importancia de esta institución de política interestatal (la fusión de los dos estados, Atenas y Samos, en uno, manteniendo, sin embargo, la autonomía en el gobierno interior) es reconocida por el historiador E. Meyer, tan poco afecto, por lo demás, a la democracia ateniense. Y. K. R. Popper aventura, no sin razonarla, la hipótesis de que, si el Imperio ateniense hubiese podido seguir un proceso evolutivo pacífico, tal vez habría llegado por vía normal y natural a la unificación de acuerdo con esta fórmula, que resultó en realidad puramente episódica y accidental, dado que el Imperio ateniense murió de muerte violenta y prematura ^{1 bis}.

Pasemos ahora a hacer un análisis más amplio y detallado del problema de la unificación de Grecia visto a lo largo de su historia.

II

El problema de la unificación de Grecia: consecuencias de la «Revolución de Solón»; el obstáculo de la soberanía de la ciudad-estado

En el proceso de crecimiento de las sociedades, tal como lo describe Toynbee en su magna obra, la solución feliz de un problema significa indudablemente perfeccionamiento de la sociedad en cuestión, pero al mismo tiempo dicha solución provoca el nacimiento de nuevos problemas a los que la sociedad debe hacer frente so pena de sucumbir. Lo que nunca puede permitirse una sociedad es pretender dar una solución definitiva y detenerse en un nivel determinado (lo cual es precisamente el objetivo de todas las utopías).

Fue en los finales del siglo VIII a. C. Sobre el horizonte del mundo griego se levanta el espectro amenazador de la

(1 bis) *The Open Society and its enemies*, Londres, Routledge, 1962, p. 182, t. I.

crisis económica, la superpoblación (relativa), el hambre. (Los pequeños estados que integran la nación griega obtenían los medios de subsistencia casi por completo cultivando en sus territorios una variedad de productos agrícolas para el consumo interno.) Los diversos estados aportan una solución diferente a la crisis planteada.

La emigración de una parte de la población, para aliviar su exceso, la colonización de territorios en ultramar (en Sicilia, sur de Italia, Levante español, etc.) fue el recurso de algunos de aquellos estados como Corinto. Esparta, en cambio, optó por conquistar las tierras de Mesenia, el pueblo griego vecino suyo. Las consecuencias de esta solución podremos apreciarlas más tarde. Por su parte, Atenas atacó el problema intensificando la producción agrícola, pero especializándola para la exportación. Esto trajo consigo el desarrollo de sus instituciones políticas para dar una parte del poder a las nuevas clases que habían surgido con aquella innovación.

El gran iniciador de la evolución de Atenas fue Solón. En esencia fue una transformación de la agricultura de subsistencia en pequeño en una agricultura especializada para la exportación, acompañada de un desarrollo del comercio en general y de la industria. «Un acre de tierra ática podría mantener más bocas atenienses, si en lugar de sembrar en él cereales para el consumo interno, se plantaban viñas y olivos, con miras a producir vino y aceite, que podían cambiarse por cereales en Sicilia, Egipto y Ucrania»².

La solución del problema económico produjo dos nuevos problemas, a saber: 1) la revolución económica creó nuevas clases sociales (trabajadores del comercio y la industria, artesanos, marinos) para quienes había que encontrar un lugar en el cuadro político; 2) por otra parte, el antiguo aislamiento de los estados griegos fue seguido por una interdependencia en el plano económico que a su vez había de hacer imposible con el tiempo el aislamiento político.

En cuanto al primer punto, en Atenas la transformación

(2) A. TOYNBEE, *La Civilización Helénica*, B. Aires, Emecé, 1960, p. 83.

se realizó por una serie de desarrollos constitucionales entre la época de Solón y la de Pericles, llegándose, al final del proceso, a la democracia radical.

Hasta Solón el Atica fue un país atrasado. A comienzos del siglo VI a. C. en estados contemporáneos, como Corinto, el comercio se había desarrollado en proporción mucho mayor, pues a diferencia de Atenas, Corinto y Mileto, por ejemplo, por su escasez de tierras, se lanzaron a la colonización que trajo luego consigo la intensificación del comercio y la industria. Pero ya a fines del siglo VI a. C. la extensión de la ciudadanía a sectores del pueblo ateniense que no eran propietarios de tierras (los artesanos y marinos) demuestra que en esas fechas la industria había progresado en Atenas mucho más que en Mileto y Corinto, por ejemplo, donde los derechos políticos estaban limitados a las clases de los comerciantes y propietarios rurales sin llegar a extenderse a los trabajadores de la industria.

En el curso del siglo VI a. C. las repercusiones políticas de la revolución económica se manifestaron en el paso de los regímenes aristocráticos a los democráticos u oligárquicos moderados en casi todas las ciudades-estado griegas.

La prosperidad económica eliminó la causa en cada estado-ciudad de las discordias civiles. Pero siguió en pie otro problema: la falta de armonía, el desequilibrio que provocaban la interdependencia económica y la autonomía política simultáneamente, autonomía que cada estado se empeñaba en mantener. «O bien los estados-ciudad volvían a ser entidades económicamente y políticamente autónomas (lo cual les haría caer en un nivel de vida que volvería a acarrearles hambre y guerras civiles), o bien renunciaban a buena parte de su soberanía individual para que fuera posible crear algún tipo de estructura política panhelénico que acompañara al régimen económico panhelénico»³.

Se presentó una oportunidad para llevar a cabo esa unificación durante las guerras médicas que forzaron a los distin-

(3) A. TOYNBEE, *ib.*, p. 86.

tos estados-ciudad a unir sus fuerzas frente al enemigo común. Sin embargo, la concordia fue efímera. La unión bajo el alto mando espartano hubiese podido evolucionar hacia una confederación. Pero la alianza se fraccionó pronto en dos grandes grupos por la torpeza de Esparta y la traición de su rey Pausanias que maquinaba la entrega de Grecia al rey persa. Cuando Esparta se desentiende de la prosecución de la guerra contra Persia, gran parte de los estados griegos ponen su causa en manos de Atenas, con lo que se produjo la escisión. Aún se mantuvo relativamente la unión entre Atenas y Esparta mientras dirigió la política ateniense Cimón, el aristócrata amigo de ésta. Luego se impusieron en Atenas los demócratas radicales Efiálfes y Pericles, enemigos de Esparta, y al fin estalló la guerra.

A lo largo de la historia de Grecia se produjeron diferentes desplazamientos de poder (hegemonía de Esparta, de Atenas, de Tebas), que de uno u otro modo hubiesen podido preparar el camino hacia la unificación, pero parecían condenados de antemano al fracaso porque tropezaban con un doble obstáculo: 1) la tenaz oposición de cada estado a renunciar a su soberanía y 2) la incapacidad que padecieron los sucesivos estados hegemónicos de percatarse de que tenían en sus manos la posibilidad de la unificación por el camino de la incorporación (igualitaria que hubiese llevado consigo la extensión de la ciudadanía a los estados incorporados) o bien de la federación en pie de igualdad.

La razón profunda de todos estos fracasos es estudiada detenidamente por Toynbee:

Una fuente de desarmonía entre las instituciones de que está compuesta una sociedad es la introducción de nuevas fuerzas sociales (por ejemplo, en los regímenes aristocráticos las nuevas fuerzas que trajo la revolución industrial), que la serie existente de instituciones originariamente no estaba destinada a llevar. La introducción de nuevas fuerzas sociales debería lógicamente ir acompañada de una reconstrucción de las instituciones existentes (por ejemplo, la Constitución de Solón y luego la de Clístenes que recoge las nuevas clases creadas por la revolución industrial). Pero la inercia tiende

siempre a mantener la mayoría de las partes de la estructura social (por ejemplo, la soberanía del estado-ciudad), a pesar de su creciente incongruencia con las nuevas fuerzas que entran constantemente en juego (la interdependencia económica de los estados-ciudad). En esta situación las nuevas fuerzas sociales tienden a operar simultáneamente de dos modos opuestos. Por una parte, realizan su obra creadora mediante nuevas instituciones que han establecido por sí mismas (por ejemplo, el sistema de la doble ciudadanía en la Confederación de Olinto, de que luego hablaremos), o bien mediante instituciones antiguas que han adaptado a este propósito (por ejemplo, la adaptación de la Liga Aquea por Lidias y Arato para la unificación de Grecia). Pero pueden ocurrir «las perversiones sociales»: las viejas instituciones se resisten a ser adaptadas a operaciones para las que no estuvieron nunca destinadas (como la perversión de la democracia moderna en los nacionalismos, según Toynbee).

El obstáculo para crear la seguridad política interestatal en Grecia, que requería la interdependencia económica, fue el estado-ciudad. La solución del problema no podía ser otra que una limitación de la soberanía establecida voluntariamente por los mismos estados. Pero no se llevó a cabo.

La perversión social que sufrió Grecia (el empeño en mantener la interdependencia económica junto con la soberanía del estado-ciudad) está en relación con el principio que Toynbee denomina la «némesis de la creatividad».

Según él, es poco común que en la historia de una civilización dé una misma minoría respuestas satisfactorias a dos o más incitaciones sucesivas. En efecto, la parte que se ha distinguido al tratar una incitación tiende a fracasar notablemente al tratar la próxima. El creador con éxito ante un reto encuentra una dificultad grave en reasumir su papel creador ante el reto siguiente. Aquí se descubre una causa muy poderosa de los colapsos de las civilizaciones. Los que han respondido con éxito a la primera incitación (como Atenas ante el problema de la superpoblación) se convierten luego en opositores a cualquiera que pudiera dar la respuesta acertada a la nueva incitación (como Esparta —más que ningún

otro estado-ciudad— se opuso a la Confederación de Olinto). Esparta se apresuró a destruir la Confederación Olíntica, que pudo ser la salvación de Grecia, porque la consideró como una amenaza para la independencia de los estados-ciudad.

Dicho de otro modo, el comportamiento de las ciudades-estado estaba condicionado por las llamadas «leyes del equilibrio de fuerzas»⁴.

III

Las leyes del equilibrio de fuerzas. Los paralelos europeo e italiano renacentista

El equilibrio de las fuerzas es un sistema de dinámica política que surge en toda sociedad articulada en estados locales independientes entre sí.

Dicho equilibrio opera en el sentido de mantener a los distintos estados en un bajo nivel medio de importancia tanto en lo que se refiere a la extensión territorial como al número de habitantes o al potencial bélico o de riqueza en general. Si uno de los estados trata de destacar en cualquiera de esos aspectos por encima del término medio «normal», entra en juego automáticamente el sistema de presiones de todos los demás estados rivales. Ahora bien, de acuerdo con una de las leyes del equilibrio de fuerzas, la presión en cuestión es mayor en el centro de la constelación de dichos estados que en la periferia. En el núcleo, cualquier intento de engrandecimiento de uno de los estados integrantes de la constelación suscita una respuesta inmediata en los demás estados. En el centro de la sociedad articulada en estados locales independientes los más grandes genios políticos y el despliegue de fuerzas más intenso difícilmente logran resultados políticos de gran alcance al verse neutralizados por las presiones vecinas. En cambio, en la periferia la presión es mucho menos

(4) Cf. A. TOYNBEE, *Estudio de la historia*, B. Aires, Emecé, t. III, p. 231 sgs.

intensa, lo que permite a cualquier político obtener grandes resultados. «El dominio de los Estados Unidos puede extenderse sin impedimento a través de toda América del Norte desde el Atlántico al Pacífico; el dominio de Rusia a través de toda Asia, desde el Báltico al Pacífico, en una época en que los mejores estadistas de Francia o Alemania no pueden asegurarse la posesión sin disputa de Alsacia o Posen»⁵.

La periferia comprende «los nuevos países» influidos culturalmente por el núcleo. La irregularidad en la distribución de la presión se explica por un factor psicológico. La expansión geográfica de la civilización del centro se produce por la asimilación cultural de los «bárbaros» exteriores o bien por la ocupación de regiones extranjeras por medio de la colonización o la conquista. Pues bien, esos «nuevos países» se caracterizan por su plasticidad psicológica que favorece la consolidación política.

De la ausencia de presión en la periferia y, a la vez, de la plasticidad psicológica de «los nuevos países» resultará la aparición de grandes potencias frente a los estados del núcleo. Un ejemplo de estos hechos lo ofrece Europa⁶. Las naciones de Europa se ven hoy rodeadas de una serie de estados mucho mayores. «Los Estados Unidos que ha sido el primero de esos gigantes en alcanzar la plenitud de su talla, es hoy rival no sólo de éste o aquel estado europeo sino de toda Europa. Y mañana... tendremos que estar dispuestos a ver nuestro pequeño mundo cercado por una docena de gigantes de tamaño americano...»⁷. «Cuando llegue ese día, los países pigmeos de Europa en vez de tener que enfrentarse con un único gigante, se verán rodeados por media docena de ellos, y todos esos gigantes que nos cercan... deben su gigantesca fuerza a las corrientes vitales que por uno u otro medio fluyeron en su cuerpo desde la misma Europa...»

(5) A. TOYNBEE, *ib.*, pp. 323.

(6) Cf. sobre el paso de Europa a segundo término en el concierto mundial, GEOFFREY BARRACLOUGH, *Introducción a la Historia Contemporánea*, Madrid, Gredos, 1965; y PITIRIM A. SOROKIN, *Las Filosofías Sociales en nuestra época de crisis*, Madrid, Aguilar, 1956.

(7) Escrito por A. TOYNBEE (*o. c.*, p. 324) antes de 1935.

Los estados de la Italia renacentista también debieron enfrentarse con las grandes potencias de la Europa «bárbara» que se vio influida por Italia primeramente en las técnicas políticas y militares, en lo que pronto superaron a los pequeños estados italianos. El éxito de los estadistas europeos se debió a que la presión política de la ley del equilibrio de fuerzas era menor en la periferia europea que en el centro italiano, donde los estados-ciudad luchaban entre sí para afirmar su independencia. Entonces los grandes estados europeos constituían un peligro para las pequeñas unidades políticas de la península itálica de la misma manera que hoy los estados-naciones de Europa se ven amenazados por las grandes potencias periféricas.

«La solución estriba en transmutar de alguna manera el pluralismo político y la lucha política en una concordia y solidaridad políticas. Pero ¿cómo habrá de realizarse ese milagro? Pues ya queda dicho que en el centro de la constelación internacional es donde las fuerzas que trabajan por la desunión y la discordia políticas ejercen su más fuerte presión. La tarea a que se hallaban abocados los estadistas italianos de la generación de Maquiavelo y a que análogamente se hallan abocados los estadistas europeos... es particularmente difícil; el problema sólo puede resolverse con un golpe genial⁸.

IV

La Monarquía Macedónica. La Confederación de Olinto

Ahora podemos comprobar en Grecia el funcionamiento de las leyes del equilibrio y la aparición en su periferia de diversos superestados-ciudades.

En el núcleo, como ya sabemos, desempeñaron papel hegemónico sucesivamente Atenas, Esparta y Tebas sin llegar a efectuar la unificación. Simultáneamente su influencia cul-

(8) A. TOYNBEE, *o. c.* p. 330.

tural se fue irradiando hacia el exterior y fueron apareciendo grandes estados periféricos en el Norte. A comienzos del siglo IV a. C. aún era dudoso si la verdadera gran potencia nueva sería la Monarquía Macedónica o la Confederación Olíntica de estados-ciudades de la Calcídica.

Macedonia alcanzó en poderío militar el nivel de los estados-ciudades bajo Arquelao (413-399 a. C.). Luego, hasta la subida al trono de Filipo II, en 359 a. C., atravesó una etapa de decadencia.

Entretanto los estados-ciudad de la Calcídica, aunque participaban de la cultura general griega, no constituían una gran potencia. Sin embargo, no se veían aquejados de los males de otros estados-ciudad como Esparta y Atenas, que rechazaban todo proyecto de federación que limitase su soberanía. Los estados-ciudad de la Calcídica buscaron la unificación y la efectuaron cuando el rey Perdicas II de Macedonia les ofreció en 432 a. C. tierras macedónicas si se sublevaban contra Atenas trasladándose a Olinto. Con su oferta les compensó por las colonias que se vieron obligados a abandonar.

Cuando los estados-ciudad de la Calcídica se unieron, entró en vigor el concepto de la doble ciudadanía: Los ciudadanos de cada estado seguían perteneciendo al mismo y a la vez adquirían la ciudadanía de la gran federación de Olinto.

Este nuevo superestado pronto dio pruebas de su gran poder. A comienzos del siglo IV a. C. desplegó una extraordinaria actividad expansionista anexionando o incorporando territorios y pequeños estados vecinos⁹. Posiblemente Olinto hubiese llevado a cabo la unificación de Grecia de no haber sido cortada su carrera de éxitos por la intervención de Esparta que disolvió la Confederación en 379 a. C.

«Hubo una diferencia total entre la suerte de Olinto y Roma: Tarento se abstuvo de oponerse al engrandecimiento de Roma hasta que fue demasiado tarde; Esparta se decidió inmediatamente a cortar en flor el desarrollo político de

(9) Cf. JENOFONTE, *Helénicas*, V., II, 11-10.

Olinto. Una fuerza expedicionaria espartana fue enviada al Norte en 382 a. C.; y a los 3 años las ambiciones de Olinto quedaban desbaratadas de una vez para siempre. En 379 a. C. Olinto tuvo que capitular ante sus sitiadores espartanos; y el punto principal de los términos lacedemonios del tratado era la disolución de la República Calcidicense en sus constituyentes originarios. Al derribar así a Olinto, Esparta estaba trabajando, sin proponérselo, no para sí misma ni para la Hélade, sino para la corona de Macedonia, pues fue la intervención de Esparta entre Olinto y Macedonia, en 382-379 a. C. lo que brindó al rey Filipo la oportunidad de convertirse en amo de toda Grecia continental entre 359-338 a. C.»¹⁰.

El hecho de que Olinto intentase la unificación de Grecia bajo el signo de la república y no de la monarquía (como la llevó a cabo, de hecho, Macedonia) invita a hacer un breve comentario.

En efecto, si hubiese tenido éxito la Confederación Olíntica, hubiera podido unificar sólidamente a toda Grecia. La unión bajo Macedonia no fue firme, como se demostró cuando sobrevino el choque con Roma. La causa de la desunión mientras estuvieron sojuzgados por Macedonia fue que los estados-ciudad de Grecia no aceptaron nunca la monarquía de los sucesores de Filipo, dada su mentalidad democrática o republicano-oligárquica, por lo que Grecia desunida y rebelde ante el dominio macedónico no pudo intervenir de un modo decisivo en la segunda Guerra Púnica en que se jugó el destino del mundo mediterráneo. Después de la batalla de Canas el rey Filipo V de Macedonia se decidió a ayudar a Cartago. Pero su intervención fue insuficiente para dar la victoria a Aníbal por el temor a ser atacado por Etolia.

En cambio, si hubiese sido la república de los Estados Confederados de Olinto la unificadora de los pueblos griegos, la fusión hubiera podido ser profunda, duradera y sólida. Porque, de un lado, se efectuaba en pie de igualdad, por el sistema de la «doble ciudadanía»; era natural, pues, que todas las

(10) A. TOYNBEE, *o. c.*, p. 488.

ciudades-estado terminasen por abrazarla cordialmente tarde o temprano; y porque, de otro lado, la forma de gobierno de la Confederación — como acabamos de decir— era la republicana, familiar a las ciudades-estado. La Monarquía Macedónica al sojuzgar a Grecia obligó a los griegos a someterse ante un sistema de gobierno tradicionalmente aborrecido. Nunca pudo lograr de los súbditos adhesión cordial. Por el contrario, aprovecharon siempre cualquier ocasión para sublevarse contra lo que consideraban sumisión humillante a un invasor extraño.

Si, de hecho, la unión entre los griegos no llegó nunca a ser efectiva, no fue tanto por su espíritu de libertad localista¹¹, cuanto por no haber realizado la unificación una república que llevase a cabo dicha unificación en pie de igualdad, por el método de la doble ciudadanía, como la República de Olinto. Contra la opinión de aquellos que no dan importancia al tipo de régimen político unificador, aquí se evidencian las desventajas del poder monárquico para la unificación del conjunto de las ciudades-estado de Grecia.

V

La Liga Aquea

La Liga Aquea ofreció a los griegos otra oportunidad de unificación.¹²

En los siglos III y II a. C. los estados-ciudad griegos estaban rodeados de grandes potencias: las monarquías helenísticas, Cartago y Roma. Entonces surgen en Grecia dos gran-

(11) Opinión general que recoge, p. ej., M. POULENZ en su obra *La Liberté grecque*, tr. fr., París, Payot, 1956, p. 133 ss.

(12) Sobre la Liga Aquea cf. K. v. FRITZ, *The Theory of the mixed Constitution in Antiquity*, N. Y., Columbia Univ. Press, 1954, p. 3 ss. Sobre las Ligas helenísticas en general cf. M. HAMMOND, *City State and World State...*, Harvard Univ. Press, 1951, p. 28 ss.; y J. A. O. LARSEN, *Representative Government in Greek and Roman History*, Berkeley, Univ. of Calif. Press, 1955.

des figuras en relación con dicha Liga: Lidíadas de Megalópolis y Arato de Sicione.

Megápolis, patria del historiador Polibio, ingresa en la Liga Aquea, con lo que ofrece grandes posibilidades de lograr la unificación de todo el Peloponeso y aún de toda Grecia continental. Lidíadas era tirano de Megalópolis y renunció a su poder personal en interés de Grecia. Las mismas ideas políticas alimentaba Arato, que convence a su ciudad para que se adhiera a la Liga, después de liberarla de Macedonia. Ambos estadistas se dieron cuenta de la necesidad de la unión de las ciudades-estado griegas si querían subsistir, dado que ya estaban rodeadas de aquellas grandes potencias indicadas anteriormente. Su pensamiento era compartido por Agelao de Naupacto¹³, estadista de la Liga Etolia (rival de la Aquea) que por entonces trataba también de conseguir la unificación de Grecia. La política de unificación fue difundida en el Peloponeso primeramente por Arato y Lidíadas. La obra de Lidíadas fue continuada luego por Filopemen y Licortas, padre de Polibio. Todos estos políticos advirtieron que en el nuevo mundo griego, creado por Alejandro Magno, los pequeños estados-ciudades del centro se hallaban tan totalmente a merced de las grandes potencias próximas que sólo podían tener esperanzas de éxito si fundaban una confederación lo suficientemente poderosa como para inspirar respeto a aquellas potencias. El recurso que idearon fue una forma de federación que no intentó privar de su tradicional autonomía a ninguno de los estados miembros, pero que al mismo tiempo se preocupó de conferir poderes eficaces al gobierno común de la unión federal. A diferencia de la Liga Atica y de la Confederación del Peloponeso del siglo v a. C., se implantó en este caso una perfecta igualdad de todos los miembros, las mismas leyes comunes para todos, un gobierno común, una común Asamblea deliberativa y un tribunal jurídico común, como si todo el territorio de la Liga perteneciese a un mismo estado¹⁴.

(13) Cf. POLIBIO, libro V, caps. 103-105, donde recoge el discurso de Agelao en la conferencia de paz de Naupacto en el a. 217 a. C.

Dentro de la organización política, el *estratego* tenía el poder ejecutivo, la administración, el mando supremo del ejército y la presidencia de la Liga. Era elegido por un año. No podía ser reelegido sino cada dos años. Su poder era de hecho muy considerable, pues podía tomar decisiones que competían solo a la Asamblea, si era de esperar su aprobación posterior. Al lado del *estratego* estaba el *Colegio de los 10 Damiurgos*, análogo al Colegio de los Arcontes de Atenas. Había además dos tipos de Asambleas políticas: la ordinaria (*Synodos*) y la extraordinaria (*Synkletos*). Muy probablemente las asambleas *Synkletos* eran primarias, es decir, cualquier ciudadano de las ciudades-miembros en edad de votar podía emitir su voto, aunque el recuento final era por ciudades, no por votos individuales. Las asambleas *Synodos* no se sabe con certeza si eran primarias o representativas.

La constitución era plenamente democrática, pues el derecho de voto no dependía de la fortuna de los ciudadanos. Pero de hecho el presidente tomaba muchas veces decisiones por sí mismo o junto con los *damiurgos*, si —como queda dicho— era de suponer razonablemente la aprobación posterior de la Asamblea.

En las asambleas primarias debía predominar el elemento aristocrático o plutocrático, porque lo más seguro es que los votantes no percibían emolumentos. Por ello a los más pobres les sería difícil soportar los gastos de viaje y estancia y las pérdidas en los ingresos normales durante su ausencia. Pero en asuntos de interés para ellos no dejarían de asistir con seguridad para hacer así prevalecer sus votos.

Ahora bien, hay un dato que prueba el predominio del elemento conservador, al menos hasta la época del destierro de Polibio en 169 a. C. Su política oficial se opuso siempre a los reformadores sociales espartanos como Agis, Cleónes y Nabis.

(14) POLIBIO, II, 37.

Situación propia de cada ciudad perteneciente a la Liga:

Gozaba de libre administración interior. Pero no se admitía un gobierno dictatorial ni monarquía absoluta. En este sentido sólo se admitían democracias. En cuanto a Esparta, en 192 a. C. se la admitió con su antigua constitución, es decir ¹⁵, con un rey nombrado tras la muerte de Nabis, aunque los hechos no son seguros. En 189 a. C., después de su sublevación y reincorporación forzosa a la Liga, se le ordenó abandonar las leyes e instituciones de Licurgo y adaptarse a las tradiciones institucionales de la Liga.

Polibio ¹⁶ elogia su constitución como el más perfecto ejemplo de verdadera democracia. Expone sus luchas contra reyes extranjeros y tiranos que renuncian a la tiranía para que sus ciudades puedan entrar en la Liga. De ahí que en el pensamiento de Polibio la verdadera democracia tiene como nota negativa la ausencia de tiranía o gobierno personal absoluto, y como notas positivas el gobierno federal con igualdad de todos los miembros y el derecho del pueblo a elegir y controlar a los gobernantes, sin perjuicio de que de hecho predominen las clases superiores sobre la popular. La adhesión de Polibio a este sistema le lleva a sentir aversión por aquellos regímenes en que no hay equilibrio de fuerzas e influencia, es decir, en que hay predominio absoluto de un elemento o clase sobre los demás. Como afirma este historiador, su sistema político llevó a la Liga Aquea a extenderse más y más en el Peloponeso, de igual modo que el éxito de Roma se debió —afirma Polibio— a su constitución.

Orígenes de la Liga Aquea:

Ya en época antiquísima, de la que no hay datos históricos, hubo una federación de ciudades aqueas. La Liga conocida por Polibio data del siglo IV a. C., pero fue sometida por Filipo y Alejandro y destruida durante las guerras de los diá-

(15) Según T. Livio, XXXV, 36, 8 ss.

(16) II, 38, 6.

docos. En 280 a. C. cuatro ciudades aqueas se sublevan contra Macedonia y restablecen la Liga. En 275 a. C. ya son nueve las ciudades que ingresan en ella. En 250 a. C. la ciudad de Sicione, no aquea, se une a la Liga con Arato, que había expulsado al tirano Nicocles y había establecido el régimen republicano en la ciudad. Joven aún, es nombrado jefe de la Liga en 245 a. C. Desde entonces hasta su muerte en 213 a. C. fue el estadista más influyente. Sus objetivos, según Polibio¹⁷, fueron dar a las ciudades de la Liga y a todo el Peloponeso la libertad externa (arrancándolas al dominio de los reyes helénísticos) y la libertad interna (expulsando a los tiranos). Para ello, con frecuencia presta ayuda militar a los grupos anti-monárquicos de las ciudades para derribar a los tiranos, sobre todo si prometían entrar en la Liga; y además establece guarniciones de la misma en las ciudades conquistadas en sus guerras contra Esparta y la Liga Etolia, aunque no quisiesen integrarse en la Federación Aquea. Pero fuera de los casos en que razones especiales le obligaban, su norma era no forzar a las ciudades a entrar en la Liga contra la voluntad de la mayoría, y si se veía obligado a usar la fuerza procuraba ganarse las voluntades con su trato amistoso¹⁸.

No obstante, hay un punto en que Polibio da pruebas de falta de objetividad al hablar de Arato. Nos dice que al subir al poder Antígono Dosón como regente de Macedonia en 228 a. C. (tras la muerte de Demetrio II en 229 a. C.), inició Arato negociaciones secretas con aquél con vistas a una alianza, por medio de una embajada de Megalópolis, que fue públicamente a pedir ayuda porque esta ciudad sufría incursiones de Esparta. Según Polibio, Arato, con su gran sagacidad de estadista, previó el gran peligro de una unión de la Liga Etolia con Macedonia y Esparta. Sin embargo, esto no pudo ser más que un pretexto de Arato para justificar su política de acercamiento a Macedonia, acercamiento que había de levantar protestas en la Liga como una traición a la causa griega. Que fue un mero pretexto se deduce del hecho

(17) II, 43, 7 ss.

(18) POLIBIO, II, 57, 3 ss., etc.

de que los Etolios no se mostraron hostiles a la Liga Aquea sino varios años después de la alianza entre los Aqueos y Macedonia¹⁹. Además, está bien claro que la embajada de Megalópolis pidió ayuda contra Esparta, no contra la Liga Etolia. Ahora bien, cuando de hecho, años más tarde, Cleómenes infligió varias derrotas a los Aqueos, lanzado ya a una carrera de conquistas, se decidió Arato a efectuar, en el invierno del 225-224 a. C. la alianza que había preparado secretamente en el invierno del 227-226 a. C. Según Polibio²⁰, la guerra de Cleómenes hizo que unánimemente la Asamblea pidiese ayuda a Antígono. En cambio, según Plutarco, Cleómenes ofreció restituir sus conquistas y los prisioneros si le daban la hegemonía (el mando supremo de la Liga y el ejército), que ya habían concedido a Ptolomeo Evergetes, cuando en el 243-242 a. C., tras liberar Corinto de Macedonia, concluyen una alianza con él. Pues bien, la Asamblea decide concedérsela y se fija la fecha para ratificar el acuerdo y nombrarle jefe supremo. Pero una enfermedad le impide acudir en la fecha fijada, lo que aprovecha Arato para impedir el acuerdo. Cuando más tarde se presenta Cleómenes ante Lerma, se le quiere imponer nuevas negociaciones. Esto le hizo lanzarse a nueva guerra contra la Liga. Entonces los Aqueos siguen los planes de Arato y acuden a Antígono.

Los proyectos de Cleómenes realizaban los ideales políticos de Arato de unir el Peloponeso contra los reyes helenísticos. Pero ello significaba la supremacía de Esparta sobre todo el Peloponeso. Y la hegemonía de Cleómenes traía consigo las graves reformas sociales desagradables al espíritu conservador de Arato. Por todo ello prefirió acudir a Macedonia traicionando la causa griega, y someterse a la dependencia e influencia de su rey, que, sin embargo, no le privaba a él de su jefatura como le hubiese privado Cleómenes.

Algunos historiadores modernos aprueban el proceder de Arato. «Obró como era natural que obrase en tales circunstancias».

(19) Cf. POLIBIO, II, 46, 1; II, 48, 1.

(20) II, 51, 4.

No obstante, la opinión general fue recogida por Filarco ²¹, es decir, que el cambio completo de la política provocado por Arato fue una traición a la causa de Grecia.

En 215 a. C. Filipo V (sucesor de Dosón) se alía con Aníbal contra Roma. Pero Arato permaneció neutral. En cambio, Roma llevó a cabo una alianza con la Liga Etolia, enemiga de la Aquea, y entonces los Aqueos ya se decidieron a entrar en guerra contra Roma. En el año 205 a. C. tuvo lugar la paz entre Roma y Macedonia que incluyó a los aliados. En el año 200 a. C. estalla una nueva guerra de Roma contra Filipo V. La Liga Aquea se mantuvo neutral. Y en el año 198 a. C. los aqueos, a pesar del tratado con Macedonia, se alían con Roma bajo el presidente Aristeno.

VI

CONCLUSION

A primera vista la Historia de Grecia ofrece una serie de datos que parecen no admitir discusión:

La victoria de Filipo de Macedonia significó la muerte de la autonomía de las poleis y una unificación precaria cuanto violenta, por obra de un poder considerado extraño, aborrecible, humillante. Luego las rivalidades entre los reinos helenísticos brindaron la ocasión a las ciudades-estado griegas para emanciparse del invasor, uniéndose entre sí por medio de las federaciones en pie de igualdad. Pero el espíritu particularista que, como dice U. Wilcken ²², parecían recibir los griegos con la sangre, impidió que tales federaciones asegurasen su independencia frente a las grandes potencias que los rodeaban.

Grecia se convirtió así en juguete de los estados periféricos que explotaron en provecho propio el espíritu tradicional

(21) Fuente de PLUTARCO, "Cleómenes", 16; "Arato", 38.

(22) *Historia de Grecia*. Madrid, Pegaso, 1940, 225.

de libertad de las poleis, proclamándose unas veces Egipto, otras Siria, otras la misma Macedonia, defensores de la autonomía de las ciudades-estado griegas. Al fin la misma Roma se presentó como libertadora de Grecia. Tales hechos inspiraron un día melancólicas reflexiones en Plutarco: según él, la presencia de Roma en la Hélade quedó justificada desde el momento en que resultó ser el único medio eficaz para poner fin a las discordias interminables entre los griegos. La sumisión a Roma cobraba así pleno sentido: Grecia, podía finalmente gozar de los bienes de la paz²³. En este supuesto, contenía más verdad de lo que harían creer las apariencias el anuncio solemne de Nerón cuando en los Juegos Olímpicos otorgó nuevamente a Grecia «la libertad» que hasta entonces no habían poseído: «porque siempre habéis sido ora enemigos ora súbditos y servidores los unos de los otros»²⁴.

Ahora bien, frente a esta interpretación —que podemos llamar tradicional— de los hechos, la serie de consideraciones que hemos expuesto a lo largo de este trabajo (siguiendo principalmente el pensamiento de A. Toynbee) nos mueven a concluir que el fracaso de Grecia en sus intentos de unificación no fue debido a una predisposición ingénita de los pueblos griegos. Hemos visto que ni siquiera la presión de las «gloriosas» tradiciones vinculadas a la soberanía de los estados-ciudad hubiera bastado para impedir el proceso unificador, de no haber interrumpido Esparta las tendencias expansionistas de la Confederación de Olinto. Más tarde, el conservadurismo de Arato provocó la caída de Cleómenes, que con el instrumento de la Liga Aquea y sus reformas sociales hubiera podido lograr la prosperidad interior y la grandeza de una Grecia unida en el concierto internacional antes de que se consolidase el poderío de Roma. En uno u otro caso, quizá se hubieran asentado los cimientos de una poderosa unión griega, de modo que hubiese podido ser la Hélade (y no Roma) el «Genio Imperial» en el mundo mediterráneo.

(23) PLUTARCO, "Flaminio", 11.

(24) S I C³, 814.

Determinados hechos históricos son, pues, los que deciden el destino de los pueblos. Este no se halla predeterminado en el «alma» de las sociedades como pretendía Spengler.

Es más, desviándonos de la opinión de Toynbee, encontramos muy digna de consideración la tesis de Popper²⁵, según el cual —como ya hemos visto—, de haber dispuesto Atenas de tiempo suficiente durante su hegemonía, hubiese llevado a cabo el pleno desarrollo del proyecto iniciado en la concesión de ciudadanía a Samos. De todos modos, el papel de Atenas a los ojos de la Historia seguirá siendo fecundo y positivo, si no como potencia unificadora, sí como modelo de sociedad abierta, en el sentido de que procuró al individuo el marco apropiado para el desarrollo de su personalidad.

ISIDORO MUÑOZ VALLE

(25) Cf. su obra citada en N. 1 bis.